

Nelson Verástegui

EL BAÚL DE NAPOLEÓN

Colección Cercanías
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

© Nelson Verástegui C.
©Ilustraciones: Diego Verástegui M.
<http://nv--impresiones.blogspotperso.orange.fr>
email: NV--impresiones@orange.fr
Ilustraciones: Verástegui M.
De la edición: © Ediciones Irreverentes
noviembre 2007
Ediciones Irreverentes S.L.
<http://www.edicionesirreverentes.com>
editor@edicionesirreverentes.com
ISBN: 978-84-96959-03-3
Depósito legal:
Diseño de la colección: Dos Dimensiones S.L.
Imprime: Publiceip
Impreso en España.

EL BAÚL DE NAPOLEÓN

I

Para la Navidad del 2001 me dejaron salir del centro. Tenía que seguir controles periódicos con exámenes médicos, psicológicos y de laboratorio. Me dieron un tratamiento de sustitución que progresivamente se fue disminuyendo hasta eliminarlo.

Papá estaba saliendo con Nicole, tu amiga de la librería de la Rue Monge, la que perdió su marido y su única hija en un accidente de tránsito. Había planeado llevarnos a pasar Navidad y año nuevo a los Alpes, pero no había caído suficiente nieve y lo pospuso para febrero. Nos quedamos en París. Nicole me planteó que trabajara con ella en la librería apenas cumpliera dieciséis años. Yo andaba en una nube, como aterrizando de un vuelo en planeador o en ala delta; no obstante, acepté, ya que siempre me ha gustado la lectura. Recuerdo que tú y papá me leían cuentos antes de irme a dormir, de esas revistas para niños que tanto me gustaban: *Petit ours brun*, *Leo leo*, *Pomme d'api*, *Je bouquine...* Además, gracias a tus consejos, desde la edad de nueve años escribo mi diario, que me ha servido para recordar algunos detalles de este relato.

En febrero estuvimos, por lo tanto, en la estación de Isola 2000 cerca de Niza con ciento cincuenta kilómetros de pistas y altitudes hasta de dos mil seiscientos metros. Como quien dice, Bogotá, pero con nieve. Aquí en el trópico, la nieve y el esquí son cosas muy exóticas. Recuerda, por ejemplo, el episodio de *Cien años de soledad* de García Márquez

en el que Aureliano Buendía va a conocer el hielo. El esquí es un deporte que gracias a ustedes pude disfrutar desde los cinco años. Esa vez tomé clases de *snowboard* y me divertí muchísimo. Además, coincidió con mi cumpleaños dieciséis.

En el hotel había muchas familias y grupos en clases de nieve. Unos jóvenes animaban las noches con juegos, espectáculos de teatro, concursos, humor, baile, etcétera. Ahí conocí a Émilie, una chica de mi edad; esquiábamos juntos y nos entendíamos bien. Nos dimos nuestros teléfonos al despedirnos; nunca después nos llamamos. Esas estaciones son el colmo de la sociedad de consumo y ocio. Subir a las cimas de las montañas y bajar deslizándose en una tabla no sé cuántas veces al día, sentarse en las terrazas de los bares y restaurantes a tomar el sol, coquetear y hablar de las técnicas de esquí.

Una noche durante esas vacaciones tuve una pesadilla que me dejó sentado en la cama, sudando y con el corazón latiendo a mil. Un helicóptero nos llevaba a Émilie y a mí desde la playa del mar Caribe hasta la cima de la Sierra Nevada de Santa Marta a 5800 metros sobre el nivel del mar. Nos depositaba con nuestro material de esquí y bajábamos deslizándonos sobre una nieve polvorienta y fresca que poco a poco se iba convirtiendo en arena a medida que bajábamos hasta que al llegar al mar era cocaína que la brisa del mar nos enviaba sobre la cara y nos ahogaba hasta dejarnos sin aire. Luego, los tiburones, cocodrilos y buitres venían a comernos sobre la playa.

Para terminar el bachillerato, convencí a papá de que estudiaría por correspondencia desde casa con el CNED, pues tenía miedo de volver a caer en la tentación con el mismo grupo de amigos. Él me apoyó en todo y me inscribió en miles de actividades para ocuparme y distraerme: acordeón, piscina, taekwondo, sofrología, *skateboard*... Encontré algu-

nos nuevos amigos. Como no tenía mucha confianza en ellos ni en mí, no entré en ninguno de sus grupos. Yo estaba feliz de haber vuelto a vivir con papá, pero me preocupaba ver como había hecho lo imposible para pagar mi desintoxicación, que resultó tan cara, y luego costear mis clases en París. Con lo poco que yo ganaba en la librería, aunque papá me decía que lo ahorrara, compraba cosas para la casa. Lo curioso es que en la librería encontré varias amigas que habían estudiado conmigo y que teniendo ahora la lectura como pasatiempo común, nos entendíamos mejor que antes.

El año pasó volando y a medida que transcurrían las semanas sin caer de nuevo en la droga (perdona si te doy de sopetón esta información), me sentía más confiado y con esperanzas de futuro. Papá trabajaba mucho, como siempre, y hacía el deber de estar cerca de mí y de Nicole. Ella seguía viviendo en su apartamento cerca de la casa, con el ánimo tan variable como un barómetro. Creo que nunca superó completamente el trauma de la muerte de su esposo e hija. Con papá se entendía bien, mas no era una pareja que uno se imagine juntos toda la vida; cada cual con su carácter tan distinto y sus propias preocupaciones e intereses, el idilio no podía durar para siempre. De todas formas, la vida parecía seguir un curso normal y con el trajín y rutina diarios no me daba cuenta de los cambios que iba a experimentar en estos años. Era como la calma entre dos tormentas.

Papá estaba contento con su independencia en el trabajo de cineasta, a pesar de que los ingresos eran tan variables. De pronto le proponían algún reportaje interesante o bien era él, que tenía una idea genial que lo ocupaba semanas enteras hasta terminar el proyecto de pe a pa. Participaba en concursos con resultados irregulares. Era jurado de festivales cinematográficos, a veces daba clases en escuelas de cine o

lograba vender muchos de sus documentales para la televisión. Lo conocían y apreciaban. Sin embargo, con su manera de ser tan particular, nadie se atrevía a contrariarlo o contratarlo para un proyecto de envergadura. Seguido, llegaba a casa con sus amigos e improvisaba comidas, catas de vino y fiestas hasta tarde en la noche.

En verano estuvimos los tres paseando unas semanas por la costa Brava, cerca de Barcelona. Nicole estuvo triste, ya que no hizo sino recordar a su marido e hija, con quienes iba por esos sitios cada año. Papá estaba cansado de la vida parisina y de que el dinero no le alcanzara. No sé cómo le llegó la idea de alquilar nuestro apartamento de la Rue de la Montagne Sainte Geneviève e irnos a vivir a la costa Azul en Antibes. Tenía un nuevo proyecto de documentales sobre los oficios antiguos muertos o en vías de desaparición. Nicole no podía seguirle la corriente y su relación empezó a enfriarse. Entre septiembre y diciembre todo se concretó. El alquiler del apartamento parisino nos permitiría pagar el de una pequeña casa en las afueras de Antibes y nos sobraría algo de dinero. La mudanza sería en enero del 2003.

II

Un apartamento bien situado y con seis habitaciones, como el nuestro en París, se arrienda requetebién. Reservamos la habitación del fondo para guardar bajo llave muchos objetos que no queríamos llevar con nosotros, como, por ejemplo, todas tus cosas y la colección de cámaras de papá. Dejamos los armarios desocupados y cada habitación con sus muebles principales. Pasamos varios días empacando libros, ropa, aparatos de montaje, grabadoras, micrófonos, computadoras, vídeos, películas, diapositivas, loza, ollas, etcétera. Lo más delicado fue la bodega de vino añejo de papá. Mi opinión era dejar las botellas en París. Él no podía separarse de ellas y decidió contratar una empresa de mudanza especializada para que no se fueran a estropear durante el viaje. De vinos no sé nada; ya conoces la pasión de papá por ese tema.

Nicole nos ayudó y hasta me dio una carta de recomendación por mi trabajo que después me sirvió en Antibes. En los pocos meses que trabajé con ella, nos encariñamos muchísimo y además aprendí cantidades, ya que con mucha paciencia me enseñó las bases del oficio.

—Te he tomado cariño como si fueras mi propio hijo. Tu mamá estaba muy orgullosa de ti, ¿sabes? Recuerdo que venía a menudo a comprarte libros y revistas infantiles. Has aprendido bien y rápido los rudimentos del trabajo de librero. No sería mala idea que estudiaras una carrera relacionada. Este trabajo va a estar reservado a un grupo selecto de personas bien preparadas que den una atención particular a sus

clientes. Tienes madera para ello. Eres curioso, te gusta leer, no eres tímido, no eres perezoso. Me gustaría verte dueño de una librería bien situada en Antibes dentro de unos años o París, ¿por qué no? Cuando me jubile, te podré vender la mía. ¿Quieres? –me comentaba con cariño.

Qué le vamos a hacer: las despedidas son tristes, aunque sepamos que nos veremos de nuevo. En todo caso, soy más sentimental que papá; él se aguanta las lágrimas en el interior como si fuera una vergüenza llorar.

III

Pensándolo bien, el peor año de mi vida ha sido el 2000, que fue catastrófico para nuestra familia. Ustedes vivían ocupadísimos, cada uno por su lado. Era una vida de locos. Fue el año en que te dio esa terrible infección en el nervio auditivo; un médico imbécil, incompetente o desafortunado no supo diagnosticarlo y te recetó unos antibióticos que te dejaron completamente sorda. Tú trabajabas de intérprete de conferencias y viajabas constantemente alrededor del mundo traduciendo de todos los idiomas que conoces al francés. Por lo tanto, perdiste tu trabajo por esa incapacidad.

Sé que esa sordera total casi te vuelve loca. No creo que sea consuelo saber que individuos famosos como Beethoven, Lutero o Goya fueron sordos y, sin embargo, lograron seguir adelante. Con todo, me da cierta esperanza para tu caso. Lo cierto es que te reclusiste en casa, sospechabas de todo y de todos, te volviste déspota, malgeniada e insoportable. El mundo se te había acabado. Te dio una depresión bastante fuerte. Total, un día llegamos a casa y encontramos una carta tuya en que nos decías que te ibas para siempre y que no fuéramos a buscarte. Hasta hoy, hemos respetado ese deseo, por eso te pido que perdones si con esta carta interrumpo tu mundo del silencio. ¡Cuéntame, por favor, cómo te sientes! Espero que hayas aceptado esa minusvalía y te hayas reconciliado con el mundo. ¿Los médicos han logrado curarte o recuperar algo ese sentido? La ciencia debería tener una solución para casos como el tuyo. ¡No es justo!



La abrió inmediatamente mientras caminaba hacia la casa cerca del panteón.

Mi padre colombiano nunca me ha hablado español y tú siendo francesa me has enseñado este idioma que ahora practico todos los días y que se ha convertido en casi mi lengua materna. ¡Cómo es la vida!

Papá trabajaba en cine para una gran agencia de noticias y tampoco lo veíamos a menudo en casa. Tan de malas, el mismo año perdió su empleo y pasó varios meses tratando de reorientar su vida. Eran demasiados problemas para él al mismo tiempo.

Hacía meses que yo no entendía lo que pasaba y en la soledad caí en la tentación de la droga con otros amigos del colegio. No sé si te diste cuenta o lo supiste después. No sé qué buscaban ustedes con ese trajín. ¿Salvar el mundo? ¿Olvidar los problemas fundamentales de la vida? ¿Escapar de ustedes mismos o de la responsabilidad de ser mis padres?

Y yo, en plena crisis de adolescente y sumergido en el mundo de la droga... Sinceramente, no los culpo de todo. Es más, soy el principal responsable al no seguir tus enseñanzas y advertencias, al haberlos engañado tratando de ocultar el vicio, al robarles dinero para pagar la droga, al crearme una excepción y el más fuerte de los hombres para resistir a la narcodependencia aunque con catorce años y en plena crisis de identidad no podía resistir. Uno siempre cree que nada le va a pasar, que son solo los demás los que caen en esas trampas. Además, recuerdo que hasta los nueve o diez años siempre me sentí acompañado y protegido por ustedes y se ocuparon muy bien de mí. ¡No te preocupes, ya eso es cosa del pasado!

En fin, no se puede volver atrás. Papá decidió quedarse en París para tratar de sacarme de mi laberinto y rescatar lo que fuera recuperable. Profesionalmente se dedicó a filmar documentales que vendía a la televisión o a agencias interme-

diarias. A pesar de sus esfuerzos, al cabo de unos meses se dio cuenta de que él solo no podría conmigo. Yo andaba en el mundo del alcohol, la marihuana, el hachís, el éxtasis y hasta de la cocaína. Me puse violento, comía mal, tenía ideas suicidas, alucinaciones, delirios, pánico, angustia, insomnio, dolores de cabeza y no me podía controlar ni alejarme de la droga. Menos mal que no atrapé el sida durante ese descenso al infierno. Como se dice por aquí, estaba en la olla. Por eso papá me metió a la fuerza en un centro de desintoxicación y de cura de larga duración en Suiza durante un año íntegro. Fue como una pesadilla para mí, que ahora se la agradezco. Quiero olvidar esos tiempos y por eso nos ahorro el fastidio de tener que recordar los difíciles meses que viví en esa época.

Papá me contó que precisamente en la primavera del 2001 cuando andaba solitario en casa, en la Rue de la Montagne Sainte Geneviève, recibió una carta recomendada de Colombia. Pasó a recogerla a la oficina de correos un par de días después. Pensó que era de alguno de sus primos, que son los únicos que le escriben, aunque cada vez con menos frecuencia.

La abrió inmediatamente mientras caminaba hacia la casa cerca del panteón. Era una carta lacónica. Decía que tenían un recomendado para él en la iglesia del Carmen de Apicalá y que debía retirarlo antes de fin de año. Estaba firmada por el párroco y el alcalde con sellos oficiales que atestiguan de su autenticidad. Como de costumbre por las tardes después del trabajo, se fue a sentar en un banco por los muelles del Sena cerca del puerto de Montebello, y con la vista en dirección, al otro lado del río, de la catedral de Notre Dame, sin mirarla, se puso a pensar en silencio.

Le pareció raro recibir esa misiva, ya que su familia vivía casi toda en Bogotá y en esa población no tenía ningún

pariente ni conocido. Lo único que recordaba era que mi abuelo había nacido allá y que posiblemente de niño él hubiera estado alguna vez visitando a mi bisabuelo, mas no estaba nada seguro. Hizo cuentas y ya eran más de cuatro años desde su último viaje, que fue con motivo de la muerte de mi abuela. Ya era hora de volver a su tierra, además de la curiosidad de saber qué cosa podrían entregarle en ese pueblo. De todas formas, como el documental que estaba rodando lo tendría ocupado al menos hasta el mes de julio, se dijo que agosto sería una buena época para viajar y, si todo salía bien, podría recuperar ese paquete antes de fin de año.

Así lo escribió en la carta de respuesta que envió al cura y al alcalde, y que no le contestaron, aumentando así su curiosidad. Tampoco quiso comentarlo a sus primos; ya sabes, papá es harto reservado. Yo, mientras tanto, no me enteré de nada, pues fue al final de ese año cuando salí del centro donde me tenía internado.